

cual no era óbice para que lo viéramos después en tratos amorosos con su maritornes.

Silva poseyó innato el sentido del matiz; en tanto que Darío, por cuyas venas corría sangre chorotega—según lo confiesa él mismo—amaba los colores violentos y sentía infantil debilidad por las baratijas: como nuestros aborígenes, ¿cuántas veces no trocó su oro y sus gemas por innobles gargantillas de vidrio o por ruidosos cascabeles insignificantes?

Rubén no tuvo nunca conciencia del papel de grande hombre que le tocaba desempeñar en el mundo; por eso, jamás se puso a tono con la dignidad de su poesía, y pudiendo ser un *gentleman* altivo y fastuoso, se contentó con vivir al día, confiado en la munificencia de sus amigos, como un pobre diablo cualquiera. Su afán de exhibición y de reclamo, condujole en sus últimos años a desenfrenos de producción que rayan en asalariada grafomanía. José Asunción Silva, por el contrario, jamás traficó con su poesía ni concedió ninguna importancia a la publicidad: los versos suyos que aparecieron en revistas y periódicos, durante su vida, fueron llevados a ellos, subrepticamente, por amigos y admiradores del bardo bogotano.

La uniformidad de la desgracia en la vida de Silva, como en la de Poe, es uno de los fenómenos que deberían solicitar la atención de los espíritus modernos, no tanto quizá por el entrecruzamiento de los sinsos cuanto por la refracción constante de belleza que el dolor suscita en su grande alma consternada. Se diría—como apunta Mauclair al hablar del vate norteamericano—que cada una de las injusticias de la vida, eleva gradualmente su inspiración, que los desasosiegos exteriores se traducen en mayor orden interno, en mayor silencio misterioso y que las brutales intervenciones de la realidad, determinan en su organismo una aptitud más aguda para incursionar en las regiones de lo desconocido.

Verdadero poeta, no simple hacedor de versos, como artífice sin embargo, no fué inferior a ninguno de los otros precursores: Gutiérrez Nájera, Casal, Darío y Herrera Reissig, en la preparación técnica para realizar una obra de arte, porque era un espíritu abierto a las ideas generales, un vate, según la antigua concepción, y un poderoso acumulador de energías cerebrales, indistintamente aplicadas a la abstracción y al arte.

Nacido en la mediterránea Bogotá, de padres ricos, aristocráticos e intelectuales, la casa del poeta era el lugar de cita preferido de todo cuanto la muy noble y leal «Ciudad del Aguila Negra» albergaba en su seno de originalidad, elegancia e ingenio. Su padre, don Ricardo Silva, talento ágil y saleroso escritor de costumbres, desde la infancia supo guiar a José Asunción hacia el estudio de los clásicos castellanos y extranjeros.

Silva nació en la opulencia: su progenitor, favorecido conjuntamente por Athenea y Mercurio, poseía uno de los mejores almacenes de novedades que hace cuarenta años existían en Bogotá, ciudad entonces muy alejada del mar—vehículo de toda civilización—como que se empleaban hasta quince días para llegar a ella desde las playas del Océano Atlántico.

José Asunción recibió en la cuna—que fué de

oro y marfil—el dón supremo de la belleza corporal; su figura se recuerda aún en Colombia como algo extraordinario e insuperable: era más bien alto, de contextura recia y varonil, morena y marfilina la color del rostro, en el que irradiaban un par de ojos negros de profundo mirar melancólico, perdidos en hondas visiones.

Fué el poeta de la melancolía; cantó lo fugaz, lo inexistente, lo que pudo ser, lo que fué y ya no es, y en su poesía, el amor más que un sentimiento es un recuerdo; las mujeres que cruzan por sus versos son etéreas, gráciles, cándidas y blondas y

«vivieron sus vidas, invioladas y solas
como la espuma virgen que circunda las olas».

A semejanza del poeta de *Los cuentos extraordinarios*, Silva odiaba el progreso material de nuestra época, que incubaba tanta vulgaridad, y creía sólo en los valores inmutables y eternos, gozando también del cruel privilegio que Baudelaire adivinó en Edgar Allan Poe: la posesión de un exquisito temperamento estético, que era cual faro luminoso irradiando sobre las vulgaridades y pequeñeces de nuestra vida moderna, que presiden el cheque y la ametralladora.

Su melancolía, estado perpetuo de ánimo, en el que ninguno de los críticos del poeta ha parado mientes, no obedeció, como casi siempre sucede entre los poetas contemporáneos, a autosugestión, influencia libresca o simple *pose*, sino que tuvo profunda raigambre en las imposturas y crueldades de la vida, que no le dió nunca ni la milésima parte de la felicidad que merecía. El reconocimiento de tal injusticia, sublimado a diario por un ambiente hostil a toda originalidad y a toda mutación, así como el clima de su ciudad natal, húmedo, brumoso y frío, en el que los días se deslizan monótonamente como las gotas de agua en una clepsidra, desquiciaron su temperamento impresionable, hiperestesiado ya por tantos agentes externos contrarios y lo condujeron, fatalmente, a buscar en el suicidio la única solución del problema de su existencia: «cuando nada se espera de la vida, algo debe esperarse de la muerte».

Ni los reveses de la fortuna, ni la partida de la hermana amada para el viaje sin retorno, ni menos aun—como lo aseguran en Colombia algunos miopes timoratos—la influencia que sobre él ejercieron libros deletéreos, obligaron a Silva a forzar con mano viril las puertas del más allá incógnito.

Su tercer *Nocturno*, en el que los críticos de la obra de Silva, no han visto más que un acierto rítmico insospechado, obtenido por la acopladura, en largo renglón desconcertante, de varios versos tetrasílabos, señala para los que sospechamos la tragedia íntima de nuestro gran poeta, el punto más elevado de la curva ascendente de su melancolía, cuando José Asunción, desasido ya de las vanidades terrenas, se prepara a morir, con la esperanza de encontrar en otra vida a la amada sombra errante que buscó «en sus noches de tristezas y de lágrimas».

MARIO SANTA CRUZ

México D. F. 14 Febrero de 1925.